

La base bíblica de la generación eterna del Hijo según los Padres de la Iglesia

A lo largo del siglo cuarto, los Padres de la Iglesia¹ estaban involucrados en un amargo debate con el arrianismo, y fue dentro del contexto de ese debate que esclarecieron la doctrina de la iglesia sobre la Trinidad. El arrianismo era la perspectiva de que el Hijo es una subdeidad que no siempre existió, sino que fue creado por Dios como el primer ser y el más glorioso del universo, “el primogénito de toda la creación”. Los arrianos afirmaban la preexistencia de Cristo: existió como el *Logos* antes de su nacimiento virginal pero negaron la preexistencia eterna de Cristo. Decían que hubo un tiempo en que Él no existía, que antes de Su generación, Él no existía. Decían que Él fue creado de las cosas que no existen. Aunque Él es la más gloriosa y la primera criatura hecha por Dios, e incluso puede ser llamado «Dios» en algún sentido debido a Su exaltado honor y gloria divina, pertenece al lado de la criaturas en la distinción Creador-criatura.

En respuesta, los Padres de la Iglesia apelaron a la enseñanza bíblica de que el Hijo no es una criatura distinta a Dios, sino la descendencia eterna del Padre y la propia esencia misma de Dios. Como confesaron los obispos en el primer concilio ecuménico de Nicea (325), la iglesia cree “en un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, *engendrado* por el Padre, *unigénito*, es decir, de la esencia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, *engendrado*, no creado, de la misma sustancia que el Padre”² (énfasis añadido). El contraste “engendrado, no creado” es un golpe contra el arrianismo. Como dijo Atanasio:

“El Hijo es distinto de las cosas originadas [es decir, creadas], es el único descendiente de la propia esencia del Padre”.³ Los Padres de la Iglesia vieron una gran distinción entre una criatura hecha por Dios y una descendencia eternamente engendrada por Dios.

El fundamento bíblico

La doctrina de la eterna generación o engendramiento del Hijo no fue inventada por medio de la especulación filosófica. Tampoco fue principalmente una deducción teológica de los nombres correlativos “Padre” e “Hijo”. Más bien, la propiedad personal del Hijo de ser engendrado eternamente por el Padre se basó en la enseñanza explícita de las Escrituras. Los Padres de la Iglesia apelaron a una serie de versículos tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento (interpretados a la luz del Nuevo), que leyeron como enseñanzas de que el Hijo es “engendrado, no creado”. Repasemos algunos de estos pasajes clave.

La evidencia del Antiguo Testamento

El primer texto del Antiguo Testamento citado por los Padres de la Iglesia es el Salmo 2:7, que dice: “Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy” (RVR60). Los Padres de la Iglesia interpretaron “hoy” como el día de la eternidad. Este versículo se cita tres veces en el Nuevo Testamento con referencia a Cristo (Hch. 13:33; Heb. 1:5; 5:5).

Se ha objetado que el primero de estos, Hechos 13:33, ve el Salmo 2:7 como cumplido en la resurrección de Cristo, y por lo tanto el “engendrar” no puede ser una referencia a la generación pretemporal y eterna del Hijo. Pero según la enseñanza uniforme del Nuevo Testamento, la resurrección de Cristo no fue el momento en que se convirtió en Hijo. Los Evangelios son claros en cuanto a que Él ya fue llamado el Hijo al menos desde el momento de Su bautismo (ver Mr. 1:11, haciendo eco del Sal. 2:7). Es mejor interpretar Hechos 13:33

como una enseñanza de que, por Su resurrección, Cristo fue “*declarado* Hijo de Dios con poder” (Ro. 1:4 LBLA, énfasis añadido).

Las dos citas del Salmo 2:7 en Hebreos 1:5 y 5:5 son más claras. El autor de Hebreos da pistas en el contexto inmediato de que entiende que el Salmo 2:7 habla de la generación del Hijo antes de que Dios “trae al Primogénito al mundo” (Heb. 1:6) y antes de “los días de su carne” (Heb. 5:7).

Otro texto importante del Antiguo Testamento en el que se basaron los Padres de la Iglesia para apoyar la idea de que el Hijo es engendrado por el Padre es el Salmo 110:3 (109:3 LXX). Tal como se traduce en griego antiguo, el versículo dice: “Desde el vientre, antes de la estrella de la mañana, te engendré” (traducción mía). Los Padres de la Iglesia leyeron el Antiguo Testamento en la traducción griega, así que vieron la palabra “engendró” allí y la aplicaron a Cristo.⁴ Esto era perfectamente natural, ya que el contexto inmediato es el famoso Salmo 110:1, citado o aludido al menos veintidós veces en el Nuevo Testamento acerca de la exaltación de Cristo: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies” (Sal. 110:1, traducción mía). Dado que Jesús y los escritores del Nuevo Testamento claramente interpretan este salmo como una profecía de la exaltación de Cristo a la diestra de Dios, los Padres de la Iglesia sintieron que era apropiado tomar el versículo 3, que está en tiempo pasado («Yo te engendré») y por lo tanto antes de su exaltación, como una referencia al engendramiento de Cristo antes de la encarnación. Esto fue reforzado por el lenguaje: «Desde el vientre, antes de la estrella de la mañana», que se tomó como una referencia al tiempo anterior a la creación (Job 38:7) cuando el Hijo estaba «en el seno del Padre» (Jn. 1: 18).

Los Padres de la Iglesia también citaron frecuentemente Proverbios 8:25 en griego antiguo, que tiene la figura de la

Sabiduría diciendo: “Antes que las montañas fueran creadas, antes que todas las colinas, él me engendró” (traducción mía). Los Padres de la Iglesia creían que la figura de la Sabiduría en este pasaje era el Cristo preencarnado. Esto se basaba en dos consideraciones: (1) el Nuevo Testamento se refiere a Jesús como la Sabiduría de Dios (Mt. 11:19; 1 Co. 1:24, 30; Col. 2:3); y (2) la Sabiduría se describe en Proverbios 8:22-31 como presente con Dios como su «maestro obrero» al principio, lo que encaja con la enseñanza del Nuevo Testamento de que la Palabra estaba con Dios «en el principio» (Jn. 1:1–2) como intermediario de la creación (Jn. 1:3; 1 Co. 8:6; Col. 1:16; Heb. 1:2).

La evidencia del Nuevo Testamento

Cuando vamos a los textos del Nuevo Testamento a los que apelaron los Padres de la Iglesia, encontramos que uno de los favoritos era Hebreos 1:3, que describe al Hijo como “el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza” (LBLA). Este versículo no usa el lenguaje de engendrar, sino que implica que el Hijo se deriva de Dios, tal como el resplandor se deriva de la luz, sin dejar de ser luz. Si el Padre es luz, también lo es el Hijo. Además, argumentaron que así como la luz nunca está sin su resplandor, así el Padre nunca estuvo sin Su Hijo. “El Hijo es la luz engendrada que resplandeció de la luz no engendrada”.⁵ Este importante versículo es la base de la afirmación del Credo de Nicea de que el Hijo es “Luz de Luz”.

Otro grupo de textos que usaron los Padres de la Iglesia es Mateo 11:27 (“Mi Padre me ha confiado todo”, NTV), y Juan 16:15 (“Todo cuanto tiene el Padre es mío”, NVI). Obviamente se sintieron atraídos por estos versículos debido al enfático “todo”. Atanasio argumentó que si el Padre tiene perpetuidad, eternidad e inmortalidad, y si el Padre ha dado «todo» lo que tiene al Hijo, entonces el Hijo también debe poseer estos atributos, y debe poseerlos eternamente, de lo contrario,

realmente no posee perpetuidad, eternidad e inmortalidad.⁶ De manera similar, en Juan 5:26, Jesús dice: “Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le dio al Hijo el tener vida en sí mismo” (LBLA). Estos versículos afirman que el Padre pone al Hijo en plena posesión de Su propia naturaleza divina. De hecho, el gran predicador expositivo Crisóstomo argumentó que el verbo “ha dado” en estos contextos equivale a “ha engendrado”.⁷

Finalmente, debemos considerar las cinco referencias en la literatura juanina a Jesús como “el unigénito” Hijo de Dios (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9). La palabra griega traducida tradicionalmente como “unigénito” es *monogenēs*. El consenso de la erudición moderna rechaza esta traducción y argumenta que solo significa «único» o «solamente», sin ninguna noción de «engendrado». Sin embargo, no fue así como los Padres de la Iglesia interpretaron la palabra, y hay buenos argumentos lexicográficos para la traducción tradicional.⁸

Los Padres de la Iglesia estaban particularmente interesados en las dos apariciones de esta palabra en el prólogo del Evangelio de Juan. Juan abre su Evangelio describiendo quién era Jesucristo antes de encarnarse: “En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios. Ella era en el principio con Dios” (Jn. 1:1–2, RVA-2015). Entonces llegamos a nuestra primera aparición de la palabra clave *monogenēs*: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14, traducción mía). Los Padres de la Iglesia interpretaron a Juan como enseñando que “la Palabra” (el Hijo antes de la creación y antes de que Él “se hizo carne”) y “el Unigénito del Padre” son los mismos. Además, siguiendo el ejemplo de este versículo, los Padres de la Iglesia a menudo se refirieron al Hijo como «el Unigénito», como la peculiar designación que

identifica al Hijo. Al usar este título, claramente no querían decir “el Único”, porque ese nombre no sería una designación peculiar del Hijo, ya que el Padre y el Espíritu también son únicos.

Unos pocos versículos después de Juan 1:14, llegamos al versículo 18, que dice: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios unigénito (o Hijo), que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (traducción mía). La tradición de los manuscritos se divide bastante equitativamente entre «el Dios unigénito» y «el Hijo unigénito», y los Padres de la Iglesia lo citaron en ambos sentidos. Pero lo interesante es la primera variante, “el Dios unigénito”. La versión Reina-Valera Actualizada 2015 traduce esto como «el Dios único», pero eso no puede ser correcto, ya que implicaría que Jesús es el único Dios (dejando al Padre y al Espíritu fuera de la Deidad) o implicaría modalismo, y ambas alternativas son negaciones de la Trinidad. Los Padres de la Iglesia entendieron que el Hijo no es el Padre sino el Hijo unigénito del Padre. Sin embargo, debido a que Él es eternamente engendrado por el Padre, comparte la misma naturaleza divina que el Padre y con razón se le puede llamar “el Dios unigénito”. Como dijo Ireneo: “El Padre es Dios, y el Hijo es Dios, porque todo lo que es engendrado por Dios es Dios”.⁹

Las limitaciones de la analogía del engendramiento

Decir que el Padre “engendra” al Hijo es usar una metáfora o analogía de la experiencia humana encarnada de padres que engendran hijos literales. El punto de la analogía es muy estrecho: afirma que así como los padres humanos engendran hijos de una manera que los pone en posesión de una naturaleza completamente humana, así cuando Dios engendra al Hijo, el Hijo está en posesión de una naturaleza completamente divina. Pero los Padres de la Iglesia eran muy conscientes de que el engendramiento humano tiene limitaciones significativas o puntos de diferencia con el engendramiento divino. Vieron

dos puntos principales de disimilitud.

Primero, los padres humanos preceden a su descendencia en el tiempo. Un hijo es siempre más joven que su padre. Este es un punto importante de diferencia con el engendramiento eterno, porque el engendramiento del Hijo por parte del Padre está más allá del tiempo, no tiene un principio ni un fin. No hubo punto en la eternidad pasada cuando el Padre existió sin Su Hijo. Para aclarar esta diferencia, los Padres de la Iglesia usaron algunos adverbios griegos importantes. Decían que la generación eterna del Hijo es *achronōs* (“sin tiempo”) y *anarchōs* (“sin principio”). Agustín usó la metáfora del fuego y su resplandor para explicar cómo el Padre engendra al Hijo pero sin ningún intervalo cronológico. Así como el fuego engendra resplandor y, sin embargo, el fuego no precede temporalmente al resplandor, como si hubiera un tiempo en que el fuego existió sin emitir resplandor, así el Padre engendra al Hijo y, sin embargo, el Padre no precede al Hijo temporalmente. El Engendrador y el Engendrado son coeternos.¹⁰

En segundo lugar, el engendramiento humano es una acción corporal que implica una serie de procesos físicos que no deben atribuirse al engendramiento divino. Por ejemplo, está el coito de un padre con una madre. Hay un proceso físico que comienza con la concepción, continúa durante nueve meses de gestación y concluye con el nacimiento del engendrado. Todos esos procesos pueden dejarse de lado, ya que no forman parte de la analogía cuando se aplican al Padre y al Hijo. Los Padres de la Iglesia usaron dos adverbios más para explicar esto. Dijeron que la generación eterna del hijo es *asōmatōs* («sin cuerpo») y *apathōs* («sin pasión»)¹¹ Atanasio dijo: “Que toda inferencia corporal sea desterrada sobre este tema”.¹²

La importancia de la generación eterna

La doctrina de la generación eterna del Hijo es importante porque especifica lo que significa decir que Jesús es “el Hijo

de Dios". No hay duda de que este título cristológico es doctrinalmente significativo en el Nuevo Testamento. Sin duda, Jesús lleva otros títulos cristológicos doctrinalmente significativos, como "Señor", "Cristo" e "Hijo del Hombre". Pero el título "Hijo" tiene un significado teológico especial por su frecuencia y su estrecha conexión con la preexistencia de Cristo. Muchos de los otros títulos designan el oficio mesiánico de Cristo como hombre.

Pero "Hijo" se remonta al tiempo antes de Su encarnación para describir quién es Él ontológica y eternamente. Pero, ¿qué significa exactamente el título "Hijo de Dios"? Algunos señalan que es simplemente un título mesiánico, basado en su uso en el Antiguo Testamento con referencia al rey davídico (2 S. 7:14). Esta no es una interpretación satisfactoria, dada la propia enseñanza de Jesús en los Evangelios de que ser Hijo de Dios lo hace mucho más que el hijo de David (Mt. 22:41-46). Quizás el título "Hijo" tiene la intención de enfatizar la relación entre el Padre y el Hijo. Algunos dicen que se enfoca en la intimidad y el amor entre el Padre y el Hijo. Otros, que se enfoca en una relación de autoridad y sumisión. Así como se esperaba que los hijos se sometieran y obedecieran la autoridad de sus padres en el mundo antiguo, así el Hijo preencarnado se somete y obedece eternamente al Padre.¹³ Pero es más apropiado reservar ese lenguaje al Hijo encarnado que obedeció perfectamente la voluntad de su Padre, hasta la muerte.

Entonces, ¿qué se afirma exactamente cuando el Nuevo Testamento llama a Cristo "el Hijo de Dios"? Aquí es donde la noción de que el Padre engendra eternamente al Hijo entra en juego. Debido a que las Escrituras no solo afirman que Jesús es el Hijo de Dios, sino que también declaran que Él es "el Hijo unigénito de Dios", podemos estar seguros de que estamos en el camino correcto al determinar qué significa referirse a Él como "Hijo." El punto preciso de la metáfora es que cuando un padre engendra un hijo, imparte su propia naturaleza al

hijo. El hijo de un padre humano es completamente humano, no un mero primate o alguna otra criatura. Por lo tanto, la doctrina de la generación eterna del Hijo especifica que el Hijo comparte la misma naturaleza divina que el Padre, o como dice el Credo de Nicea: "Engendrado, no creado, siendo de la misma sustancia con el Padre". El Hijo no es una criatura hecha por Dios, sino el mismísimo Hijo de Dios. Por lo tanto, la doctrina de la generación eterna del Hijo es importante porque fundamenta la plena deidad de Cristo.

La doctrina es importante también porque es el eje de la doctrina de la Trinidad. La doctrina clásica de la Trinidad establece que dentro de la naturaleza única e indivisa de Dios, hay tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La naturaleza divina no se divide en tres partes, ni hay tres dioses; más bien, la naturaleza divina es una, simple e indivisa. Pero hay una diferenciación personal dentro del único ser de Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu es Dios, y hay un solo Dios. Por supuesto, este es un gran misterio que no podemos comprender por completo, pero los cristianos creen que es así como Dios se ha revelado a sí mismo, tanto en la economía de la redención (cuando el Padre envió al Hijo y al Espíritu) como en la interpretación autoritativa de las Escrituras de estos cruciales acontecimientos. Al enviar a Su propio Hijo en la carne y al dar el Espíritu Santo, Dios ha revelado ser un Dios tripersonal.¹⁴

En su doctrina clásica de la Trinidad, la iglesia cristiana insiste en mantener la unidad de Dios, mientras que al mismo tiempo afirma la deidad ontológica plena y la subsistencia individual del Hijo y el Espíritu. Pero esto plantea una pregunta. Si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres dioses, ni simplemente diferentes modos de existencia del único Dios, sino un solo Dios que existe eternamente en tres personas, ¿qué distingue a las tres personas? ¿Y cómo podemos identificar esas distinciones sin comprometer la unidad

indivisa de Dios? La respuesta es la doctrina de la generación eterna. Porque por un lado, el Padre genera o engendra eternamente a su propio Hijo, que no es una criatura separada de sí mismo y exterior a sí mismo, sino que es la reproducción misma de su propia naturaleza. Sin embargo, por otro lado, el Hijo es una persona distinta. Él no es el Padre sino el Hijo unigénito del Padre.

Por supuesto, para desarrollar una doctrina completa de la Trinidad, también necesitaríamos discutir la doctrina del Espíritu Santo, que procede del Padre (Jn. 15:26). Pero podemos ver cómo se aplicaría la misma lógica. La generación eterna del Hijo y la procesión eterna del Espíritu nos permiten ver, aunque sea vagamente, cómo puede haber tres personas distintas dentro del ser indiviso de Dios.

La iglesia sabe que este es un gran misterio, por lo que debe someterse reverentemente a lo que dice la Escritura, sin ir más allá de la Escritura hacia la especulación filosófica. La fórmula clásica, desde la época de los Padres de la Iglesia del siglo IV, ha sido que lo que distingue a las tres personas es su relación de origen: el Padre es ingénito, el Hijo es eternamente engendrado por el Padre, y el Espíritu procede eternamente del Padre.¹⁵ Estas son las únicas distinciones seguras porque son las únicas que han sido reveladas. Aquí está la base más clara de la creencia de la iglesia de que hay un Dios que existe eternamente en tres personas distintas e igualmente divinas.

Referencias

1. Tengo en mente principalmente a Atanasio y los padres capadocios (Basilio de Cesarea, Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa).
2. El Credo de Nicea, reafirmado en el Segundo Concilio

Ecuménico de Constantinopla (381), cambia ligeramente la redacción.

3. Atanasio, *Against the Arians* 56 (Discursos contra los arrianos 56) (NPNF ² 4.339).
4. La *Septuaginta* tiene una comprensión significativamente diferente a la mayoría de las traducciones modernas al inglés, que se basan en el texto masorético.
5. Basilio de Cesarea, *Against Eunomius* 25 (Contra Eunomio 25); *The Fathers of the Church* 122 (Los Padres de la Iglesia 122); trad. Mark DelCogliano y Andrew Radde-Gallwitz (Washington, DC: The Catholic University of America Press, 2011).
6. Atanasio, *In Illud: Omnia*, etc. (NPNF ² 87–90); *Discursos contra los arrianos* 3.35–36 (NPNF2 4.413).
7. Crisóstomo, *Homilies on the Gospel of John* (Homilías sobre el Evangelio de San Juan), Homilía 39 (NPNF ¹ 137).
8. Charles Lee Irons, “Let’s Go Back to ‘Only Begotten’” (“Volvamos al ‘Unigénito’”) (The Gospel Coalition, 23 de noviembre de 2016), <https://www.thegospelcoalition.org/article/lets-go-back-to-only-begotten>.
9. Ireneo, *Demonstration of the Apostolic Preaching* 47 (Demostración de la Predicación Apostólica 47); trad. Armitage Robinson (Londres: SPCK, 1920).
10. Agustín, *Sermon* 117 (Sermón 117) (NPNF ¹ 461–4); *Sobre el Credo* §8 (NPNF ¹ 3.371).
11. Gregorio Nacianceno, *Third Theological Oration* 2 (Tercera oración teológica 2) (NPNF ² 7.301).

12. Atanasio, *Defense of the Nicene Definition*²⁴ (Defensa de la definición de Nicea 24) (NPNF ² 4.166).
13. Wayne Grudem, “Biblical Evidence for the Eternal Submission of the Son to the Father” (“Evidencia bíblica de la sumisión eterna del Hijo al Padre”), en *The New Evangelical Subordinationism? Perspectives on the Equality of God the Father and God the Son* (¿El nuevo subordinacionismo evangélico? Perspectivas sobre la igualdad de Dios Padre y Dios Hijo), ed. Dennis W. Jowers y H. Wayne House (Eugene, OR: Pickwick, 2012), 223–61.
14. El axioma teológico de que “las misiones revelan procesiones” es explorado extensamente por Fred Sanders en *The Triune God* (El Dios triuno), *New Studies in Dogmatics* (Grand Rapids: Zondervan, 2016).
15. La iglesia occidental agrega que el Espíritu procede del Padre “y del Hijo”.

Texto original en inglés:
<https://www.equip.org/article/begotten-father-ages/>

Traducido por el equipo de Apologética Express.